EL TEATRO.
COLECCION DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

CAZAR

EN TERRENO PROPIO,

COMEDIA

EN TRES ACTOS Y EN PROSA,

ARREGLADA Á LA ESCENA ESPAÑOLA

POR

DON MANUEL NOGUERAS.

MADRID.
ALONSO GULLON, EDITOR.
PEZ.—40.—2.°
1873.

CAZAR EN TERRENO PROPIO,

COMEDIA

EN TRES ACTOS Y EN PROSA,

ARREGLADA Á LA ESCENA ESPAÑOLA

POR

DON MANUEL NOGUERAS.

Representada con grande aplauso en el Teatro de Lope de Rueda en Diciembre de 1873.

MADRID.

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.

1876.

PERSONAJES.	ACTORES.
ENRIQUE.....	D. Antonio Vico.
JULIA.....	Sra. Diaz.
INOCENCIA.....	Sra. Hijosa.
PATRICIO.....	Sr. Pizarroso.
LUIS.....	Sr. Rech.

Esta obra es propiedad de D. ALONSO GULLON, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los comisionados representantes de la Galería Lirico-Dramática, titulada El Teatro, de dicho señor GULLON, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representacion y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

JULIA, LUIS.

JULIA. Usted siempre tan amable!

LUIS. Oh, señora, y quién puede no serlo con usted: pero dejando esto á un lado, traigo tambien otra noticia; esa casa de campo tan bonita, que tanto le gusta á usted, y que está situada media legua de aquí...

JULIA. La del juez?

LUIS. Está de venta.

JULIA. De verdad?

LUIS. Me lo ha dicho él mismo: y como he oido á usted muchas veces hablar de esa propiedad...

JULIA. Sí, es mi sueño; pero es preciso ante todo que mi marido quiera comprarla.

LUIS. Pues no ha de querer? Es hijo de un banquero, rico por consiguiente, no desea más que complacer á usted y creo que accederá sin hacerse violencia alguna.

JULIA. Es que no está siempre de buen humor.

LUIS. Pues no es esclavo de la voluntad de usted?

JULIA. Algunas veces; hay ocasiones en que me otorga cuanto

672398

le pido, pero otras no tengo más remedio que esperar á que llegue la ocasion, aunque esto sea demasiado molesto.

LUIS. Que lo es indudablemente, lo sé por experiencia, porque amo á una persona que hay cerca de usted y hasta ahora no me he atrevido á hablar, esperando la ocasion.

JULIA. Y quién es?

LUIS. Adelita.

JULIA. Es posible?

LUIS. Sí; la amo con un amor puro, verdadero.

JULIA. No lo dudo; un notario como usted no puede amar de otra manera. Vaya, vaya, conque ama usted á mi prima?

LUIS. Desde que vino á pasar aquí tres meses.

JULIA. Y á pesar de no hallarse aquí...

LUIS. La tengo siempre fija en mi pensamiento; la veo cerca de mí á todas horas y en todas partes.

JULIA. Bien; pero usted sabe que mi prima no es rica? Que su dote es muy pequeño?

LUIS. Cierto? pues es una sorpresa para mí, porque yo creía que no lo tenía.

JULIA. Y viene usted á pedírmela por esposa?

LUIS. Sí señora.

JULIA. Muy bien; y usted contará con alguna renta para vivir?

LUIS. Ah, no señora; yo no soy más que un pobre notario que vive de lo que le produce su trabajo.

JULIA. Es decir, que usted tampoco posee fortuna alguna. Pues no puedo ménos de confesar que es un rasgo sublime el casarse con una mujer que apenas tiene dote.

LUIS. Y ya que usted lo sabe, señora, podré contar con su asentimiento?

JULIA. Desde luégo; y desde hoy llamaría á usted primo si consistiese solamente en mí.

LUIS. Pues qué, tiene otros parientes?

JULIA. Sí, y mi marido ha sido nombrado su tutor hace tres meses, á causa de ese pequeño dote, de que he hablado á usted.

LUIS. Qué dice usted?

JULIA. Sí; tenía un tio en América que le ha dejado esa herencia y creo que debe ser su último pariente; este tio tenía dos herederos, y en vez de morir abintestato, que le hubiera causado ménos molestia, hizo su testamento en forma, dejando por heredero al otro y á mi prima la modesta cantidad que constituye su dote, por la cual mi marido ha sido nombrado su tutor, siendo por esta razon á él á quien tiene usted que dirigirse.

LUIS. Pero siempre necesito la proteccion de usted.

JULIA. Con la cual puede usted contar; ademas, quiero que Enrique añada algo á la herencia de su tio para que la pobre Adela pueda reunir una fortuna regular.

LUIS. Cómo, señora?

JULIA. Tranquilícese usted, no será mucho: usted ya le conoce, no es su fuerte las dádivas ni los regalos... pero yo lo quiero y se hará; me reservo todos los medios que tengo para conseguirlo.

LUIS. Pero... y si no quiero?

JULIA. Ya lo veremos: silencio, aquí está.

ESCENA II.

DICHOS, ENRIQUE, precipitadamente.

ENRIQUE. (Dios mio, mi mujer! Y yo que creía que se había marchado!)

JULIA. Qué tienes?

ENRIQUE. Nada; que me extraña encontrarte aquí cuando yo pensaba que habías salido á esperar á nuestro tio.

JULIA. En efecto que iba á salir, pero me he detenido con este caballero, que venía á hablarme de un negocio importante y que te interesa.

ENRIQUE. (Turbado.) Yo se lo agradezco. (Ap. y mirando con inquietud á la puerta de la derecha.) (Si habrá venido!) Pero ya hablaremos de ese negocio en otra ocasion; ahora me es imposible, porque nuestro tio va á llegar y necesita que se le atienda.

JULIA. Con mucha impaciencia te tiene su llegada, sobre todo si es causa de la inquietud que observo en tí hace algunos dias.

ENRIQUE. Seguramente que no.

JULIA. Cuál es entónces el motivo de esa zozobra?

ENRIQUE. (Ap.) (Algo sospecha.) No, ninguno... pero hay momentos en que el espíritu se acongoja, se apesadumbra...

JULIA. Ya, y es preciso ideas alegres para distraerle: Sabes que la casita de campo del juez, que tanto te gusta y tantas ganas tienes de comprarme, está de venta?

ENRIQUE. (Siempre turbado y mirando á le puerta.) De veras? Pues e mismo juez me ha dicho que no quería venderla.

JULIA. Pues ahora quiere.

ENRIQUE. No es posible.

LUIS. Es muy cierto; la vende.

ENRIQUE. Entónces...

JULIA. Entónces... qué?

ENRIQUE. Entónces... veremos.

JULIA. Nada hay que ver; si quieres, aquí tienes al señor, que puede tomar las noticias que hagan falta.

LUIS. Con muchísimo gusto, desde ahora mismo; y en cuanto al precio ..

JULIA. Es verdad; cuánto pide por ella?

LUIS. Ocho mil duros.

JULIA. Cara es, no es verdad, Enrique?

ENRIQUE. No es el precio lo que me detiene, porque una vez decidido... (Ap.) (Á no comprarla...) Pero vamos, que mi tio no va á encontrar á nadie cuando llegue.

JULIA. Es verdad. (Llama con el timbre y sale Inocencia.) Inocencia, mi sombrilla y mi sombrero.

ENRIQUE. Está muy lejos de aquí la administracion?

JULIA. Bastante, sobre todo para ir á pie. Si me hubieras comprado ya el carruaje que te pido hace tanto tiempo... Vamos, ya estoy lista.

ENRIQUE. (Ap.) (No ha costado poco.)

JULIA. Vienes?

ENRIQUE. No, no puedo; hoy es dia de pagos y no puedo mover me de aquí.

JULIA. Pues te dejo; ya me acompañará nuestro amigo do Luis. Adios. (Se marcha con D. Luis.)

ESCENA III.

ENRIQUE, INOCENCIA, que se ha quedado en el foro.

ENRIQUE. Ay! gracias á Dios. (Viendo á Inocencia.) Qué hace uste ahí?

INOC. Yo?

ENRIQUE. Sí, usted.

INOC. (Tomando el plumero.) Voy á limpiar el gabinete como todos los dias... á ménos que usted no tenga razones particulares...

ENRIQUE. Cuáles?

INOC. No sé... pero pudiera tenerlas; como la señora sale sola contra la costumbre...

ENRIQUE. (Esto son los criados cuando una vez por desgracia descubren algun secreto: habrá sospechado algo?) (Á ella.) Oiga usted, habladora; sepa usted que en mi casa no acostumbro á tolerar á los criados esas observaciones; salga usted.

INOC. Bien está, señor. (Ap.) (Aquí hay algo que yo descubriré.) (Inocencia sale por el foro; Enrique corre á la puerta de la izquierda y la cierra, luégo á la del foro y la cierra tambien.)

ESCENA IV.

ENRIQUE.

Oh! qué trabajo le cuesta á uno evadirse de la dominacion de estos domésticos! Cuando se quiere que no se sepa una cosa, la olfatean y parece que tienen doble interés en descubrirla; es su condicion. (Llaman á la puerta de la derecha.) Ah! ya era tiempo. (Abre con mucho misterio.)

ESCENA V.

ENRIQUE, D. PATRICIO.

ENRIQUE. (Abrazándole.) Querido tio!

PAT. Sobrino de mi alma! Cómo, no hay aquí nadie más que tú? Pues entónces, á qué son tantas precauciones y tanto misterio? Yo había retrocedido á mis buenos tiempos y creía que me esperaba una gran aventura.

ENRIQUE. Pero no ha recibido usted una carta mia?

PAT. Sí.

ENRIQUE. No ha conocido usted mi letra?

PAT. Al momento; pero aquel misterioso contenido... «Deje »usted el coche á media legua, llegue usted á pie por »la puerta del jardin que estará abierta, y entre usted »llamando ántes en la salita baja.» Todo lo he hecho al pie de la letra, y cuando creía que era otra cosa, me encuentro contigo: no me esperaba esto, la verdad.

ENRIQUE. Pues qué esperaba usted?

PAT. Tu mujer, por ejemplo, que es encantadora, y que me recuerda mi primera conquista, la duquesa del Álamo, y...

ENRIQUE. Sí, ya sé que ha tenido usted muchas.

PAT. Algunas... cuando la guerra de la Independencia... y despues, sobre todo; aquel era el buen tiempo; por desgracia las conquistas hoy cuestan caras, yo he perdido en ellas mucha parte de mi fortuna, pero todavía me queda algo; poseo, ademas de algunos medios de seduccion, filosofía, una segunda juventud y la experiencia.

ENRIQUE. Justamente, tio mio, á esa experiencia es á la que yo me dirijo. Una aventura que mi mujer ignora y debe ignorar siempre.

PAT. Un lance de honor? Vamos, te comprendo; me has hecho venir para que yo sea tu testigo.

ENRIQUE. No, tio mio, no, ya sé yo que es usted valiente, pero...

PAT. Como que eso está en la fuerza de la sangre; nosotros descendemos por línea recta del famoso Roldan, galante caballero, conquistador insaciable é incansable seductor.

ENRIQUE. Es verdad! y eso me ha llevado á la aterrible aventura de la cual voy á hablar á usted.

PAT. Pues habla.

ENRIQUE. Ya sabe usted que me he casado con una mujer hermosa, buena, que me ama, que me adora...

PAT. Y á quien tú idolatras? Adelante.

ENRIQUE. Yo? yo la quiero como un loco y soy el más feliz de los hombres.

PAT. Pues dónde está lo terrible?

ENRIQUE. Espere usted, espere usted un poco. Hombre de negocios y de bufete, habiendo pasado mi juventud en las cifras, mi mujer es mi primera pasion.

PAT. Como si dijéramos, tu duquesa del Álamo.

ENRIQUE. Ni más ni ménos.

PAT. Pues te doy mil parabienes, eso es empezar muy bien.

ENRIQUE. Oh, sí, cuando me casé la quería con adoracion sin límites, y durante dos años y medio, los instantes que no pasaba en la caja, los pasaba junto á mi mujer; me se citaba en todas partes como el modelo de los maridos; siempre con Julia á visitas, á paseos... todas las noches me retiraba temprano, y cuando no hablábamos, leíamos: yo que no había tenido tiempo, hasta entónces, me avergonzaba de no conocer la nueva literatura que acababa de destruir la antigua, y leía todas las noches lo que me parecía mejor, quiero decir, lo que encontraba más horrible, y á mí que hasta entónces no conocía mas que libros llenos de moralidad, esas pasiones criminales y delirantes, esos héroes de los dramas modernos, que despues de haber cometido toda clase de extravíos sociales, se saltan la tapa de los sesos para desenredarlos, todo esto, salva la parte del desenlace, me gustaba infinitivamente; á fuerza de leer estas maldades, soñé en ellas, y á fuerza de soñar, aspiré á co-

nocerlas.

PAT. Adelante, adelante.

ENRIQUE. Y por un instinto, por un resto de moralidad, elegí de todas estas maldades la más agradable y la más inocente.

PAT. La infidelidad.

ENRIQUE. Exactamente; Julia era encantadora, pero era mi legítima mujer; era un paraiso, pero paraiso terrestre y conocido, mientras que las otras mujeres... eran un mundo nuevo, un eclipse fantástico, una delicia infernal. Á este pensamiento mi pecho palpitaba y me gritaba: «Yo tambien llegaré á ser el héroe de algun drama aterrador y ardiente...» y entónces la primer heroina que se presentó á mis ojos...

PAT. Ya lo adivino, fué una mujer casada.

ENRIQUE. No.

PAT. Alguna viuda? Las hay tambien encantadoras.

ENRIQUE. No me exija usted detalles: la persona y la época deben ser un misterio profundo.

PAT. Misterio... á mí! bien; yo no lo uso nunca, pero en fin, haz lo que que quieras.

ENRIQUE. Basta con que le diga á usted que no habiendo tenido valor para declararme de palabra, me atreví á pedirle una cita en un delirante billete, que concluía así: «esta noche á las diez, en la gruta del parque; un minuto de felicidad, ó muero:» á lo que ella me respondió: «Te espero:» era imposible retroceder, mi dicha era completa; qué hubiera usted hecho si le hubieran escrito: «te espero?»

PAT. Y me lo preguntas tú? tratándose de un entretenimiento delicioso?

ENRIQUE. No creía yo que las cosas fueran ni tan de prisa, ni tan lejos.

PAT. Ea, esa es la escuela moderna.

ENRIQUE. Y una hora ántes de esa cita fatal...

PAT. Renunciaste?

ENRIQUE. No; me fuí á cenar con unos amigos para adquirir valor.

PAT. Magnífico! excelente idea.

ENRIQUE. Si, para usted, pero para mí no tuvo nada de eso; yo juraba que esta primera infidelidad sería la última, y el cielo, que arrojaba en aquellos momentos torrentes de agua, parecía que me castigaba por aquella pasion que me hacía abandonar mis deberes.

PAT. Y todo concluyó así?

ENRIQUE. No señor; ignoro de qué manera; pero desde entónces, mi mujer, siempre confiada, se volvió suspicaz, empezó á tener sospechas...

PAT. De veras?

ENRIQUE. Y para disiparlas tuve que esclavizarme á su voluntad y á sus caprichos: así es que aumenté el lujo en mi casa, dí bailes, comidas, conciertos...

MAT. No te habrás arruinado por eso; eres bastante rico para soportar esos gastos.

ENRIQUE. Seguramente que puedo soportarlos, pero los recelos de mi mujer se aumentan en vez de disminuirse... la prueba; siempre me está mortificando para que la compre una casa de campo, un carruaje... y qué sé yo cuántas cosas más... para qué quiere todo ese tren, aquí en un pueblo!

PAT. Pues no veo ningun mal en que la complazcas.

ENRIQUE. Tampoco yo le veo; pero creo que todo va á descubrirse si usted no me ayuda.

PAT. Pues habla, di cómo quieres que te ayude.

ENRIQUE. (Sobresaltado.) Ay! chist, calle usted.

PAT. Qué hay?

ENRIQUE. Nada, creí que era la doncella, que es más curiosa.. pues no faltaba más que nos escuchase... ya lo ve usted. Tio, el terror me domina, hé aquí las consecuencias de engañar un marido á su mujer.

PAT. Chico, efectivamente que es horrorosa la situacion.

ENRIQUE. Los coches, las casas de campo, las galanterías... ah! ya ve usted el daño que hace una mujer á quien se engaña.

PAT. Valdría más que fueras tú el engañado. Conque decías...

ENRIQUE. Que hace tres dias un incidente horroroso...

PAT. Te descubrió?

ENRIQUE. Á medias: pero lo que estuvo á punto de perderme me salvó, gracias á usted. En aquella fatal cita...

PAT. Ya estoy.

ENRIQUE. Cuando huyó... porque ella huyó, dejó entre mis manos un lazo, don precioso que yo había encerrado y ocultado en los restos de su billete... estos recuerdos ya sabe ústed qne siempre se conservan, y difícilmente olvidaré yo esa cita que ha sido la causa de la peripecia de que vamos á tratar. Hace tres dias estaba vistiéndome para ir con mi mujer á comer á casa del juez; ella ya estaba arreglada y yo me impacientaba porque no encontraba una corbata, cuando, para ayudarme, abre mi cómoda, revuelve los cajones... y...

PAT. Encontró el misterioso recuerdo.

ENRIQUE. Justamente; me lo presenta con aire de curiosidad y desconfianza, preguntándome lo que guardaba aquel paquete tan preciosamente cerrado, yo le respondí que lo ignoraba; entónces me dice ella con precipitacion, pues vamos á abrirlo, pero en aquel momento, me ocurre una sublime idea, y recordándome de la antigua reputacion de usted, le digo: «es un depósito que me confió mi tio, rogándome que lo guardase con la mayor discrecion y fidelidad.»

PAT. Pues me gusta la salida!

ENRIQUE. Y sabe usted lo que me respondió? que supuesto que usted llegaba hoy, ella se encargaba de devolverlo, confiando en que usted le dirá lo que contiene.

PAT. Demonio!

ENRIQUE. Pues todavía no hay nada de particular, usted no conoce á dónde llega su malicia! Como sabía que usted llegaba por la diligencia, ha querido ir á esperarle para impedirme que yo pudiera prevenirle. ¿Y ahora, adivina usted el servicio que deseo que usted me haga?

PAT. Sí, lo comprendo y lo haré, puesto que en ello va tu dicha y tu reposo.

ENRIQUE. (Abrazándole.) Tio de mi alma! me devuelve usted la vida.

PAT. Apropósito, te traigo los alquileres de tu casa de Madrid, veintinueve mil reales, aquí los llevo. (Señalando la cartera de viaje.)

ENRIQUE. Calle usted, siento pasos.

PAT. Qué oido tan fino tienes!

ENRIQUE. Ya lo creo, la costumbre. Es ella!

JULIA. (Dentro llamando.) Enrique, te has encerrado?

ENRIQUE. Cuando yo lo decía! Márchese usted, tio, márchese usted. (Deteniéndole.) Ah, me olvidaba decir, que el lazo es azul y guinda, no lo olvide usted.

PAT. No lo olvidaré; conque azul y guinda, no hay cuidado, soy muy diestro para estos lances.

JULIA. (Llamando.) Pero no abres?

ENRIQUE. Pronto, márchese usted por el jardin, tome usted su coche y entre usted con toda solemnidad; mucho ruido y mucho alboroto para que no sospechen.

PAT. Pierde cuidado, hombre, tranquilízate, dentro de dos minutos haré mi entrada triunfal. (Julia vuelve á llamar.)

ENRIQUE. No te impacientes, que ya voy.

ESCENA VI.

JULIA, ENRIQUE.

JULIA. Creí que no querías abrir.

ENRIQUE. Estaba concluyendo una cuenta muy embrollada, y ya sabes que cuando estoy dedicado á los guarismos...

JULIA. Pues yo me figuraba que había gente aquí, y que por eso...

ENRIQUE. (Lo ha adivinado.)

JULIA. Había gente ó no?

ENRIQUE. No.

JULIA. Vengo de esperar á tu tio.

ENRIQUE. Y no ha llegado?

JULIA. (Observándole.) No.

ENRIQUE. Me extraña!

JULIA. Y á mí tambien, porque hubiera querido ser la primera en abrazarle.

ENRIQUE. (Ap.) (Sí, y en preguntarle.)

JULIA. Si le habrá sucedido alguna desgracia?

ENRIQUE. (Ap.) (Cáspita, se me ha olvidado decirle que invente algun percance!) Calla, no oyes? un carruaje! Él será.

ESCENA VII.

DICHOS, INOCENCIA.

INOC. Señor, señor, don Patricio acaba de llegar, sube detrás de mí, mírele usted.

ESCENA VIII.

DICHOS, D. PATRICIO.

PAT. Abrazadme, queridos sobrinos, cuánto me alegro de verme entre vosotros! No hay placer mayor que verse rodeado de su familia; y cómo estás, sobrino? y tú, sobrina? Chico, dispensa, ya sabes que me gustan más las sobrinas que los sobrinos.

JULIA. Muchas gracias, tio.

PAT. Como soy un tio que no tiene sucesion... ya ves.

ENRIQUE. Sí, sí, lo comprendo.

PAT. Pero amigo mio, los dias no pasan en balde, tranquilízate, tengo ya bastante edad para hacer locuras, y ahora quiero que todo el mundo me ame por mi bondad.

JULIA. Conque, querido tio, aquí puede usted tener completa franqueza, y nosotros la tendremos igualmente siempre que usted nos dé el ejemplo.

PAT. Qué duda tan extraña! Yo estaré entre vosotros con la misma franqueza que siempre.

JULIA. Pues entónces, vamos á tener los dos una explicacion. (A Inocencia.) Déjanos.

ESCENA IX.

LOS MISMOS, ménos INOCENCIA.

PAT. (Sentándose.) Vamos á ver, sobrina, lo que quieres que yo te explique.

JULIA. Es poca cosa; no es más que una pregunta.

PAT. Pero hemos de estar completamente solos?

JULIA. No importa que la oiga mí marido.

ENRIQUE. Aprieta, hija: no pierdas el tiempo.

PAT. Pues pregunta. (Julia abre un cajoncito y saca la carta de que se ha hecho mérito.)

ENRIQUE. (Bajo á Patricio.) (Azul y guinda.

PAT. (Lo mismo.) Cállate.)

JULIA. (Presentando la carta á su tio.) Reconoce usted esta carta, querido tio?

PAT. (Fingiendo sorpresa.) Qué veo! (Á Enrique.) Cómo, sobrino? Tú que me habías prometido guardar con toda fidelidad ese recuerdo...

ENRIQUE. (Á Julia.) Ya lo oyes.

JULIA. Perdone usted, tio, si una desconfianza mia... (Con zalamería.) Y podrá usted decirme lo que contiene esta carta?

PAT. Pero sobrina, sabes que exiges una cosa...

JULIA. No quiere usted?

PAT. Sí, pero hija, en estos casos debe el hombre usar de muchísima prudencia, y ya ves...

JULIA. Poco importa que lo revele usted á su sobrina.

PAT. Vamos, bien; pues oye; esa carta contiene un lazo de cinta, y esta cinta, si mal no me acuerdo, es... (Mirando á Enrique: éste mueve los labios como diciéndole:) Azul y color de guinda. (Enrique da un suspiro, Julia abre instantáneamente la carta.)

JULIA. Es verdad.

ENRIQUE. (Á Julia.) Lo ves?

JULIA. (Despues de dar el lazo á su tio.) Y no hay ninguna otra cosa en el papel?

PAT. (Mirando á Enrique.) No.

JULIA. Recuerde usted.

ENRIQUE. (Ap.) (Ay Dios mio, que lo había olvidado!)

PAT. Pues no me acuerdo.

JULIA. Pues yo veo aquí unas palabras, que quisiera que usted me explicase.

PAT. Unas palabras?

JULIA. Y muy marcadas; dicen: «Enrique, te espero.»

PAT. (Ap.) (Ah ladina.)

ENRIQUE. (Ap.) (El maldito papel con que lo envolví.)

JULIA. Creo que mi marido se llama Enrique!

PAT. (De pronto.) Y yo tambien.

JULIA. Usted!

PAT. (Riendo.) Sí, hija, sí; ese era el nombre de guerra con que aparecía yo en esas aventuras, aunque tambien me pertenece legítimamente, porque es mi tercer nombre.

ENRIQUE. (Ap.) (De buena gana lo abrazaría.)

JULIA. Siendo así, se han desvanecido mis sospechas. (Da la carta á su tio.)

ENRIQUE. Ya estarás convencida de mi inocencia? (Ap.) (La engañé completamente.)

JULIA. Perdóneme usted, tio, estas extravagancias; pero me asediaba una duda que por fin ha desaparecido. Conque hablemos de otra cosa; creo que permanecerá usted algunos dias con nosotros?

PAT. Todos los que pueda.

JULIA. Me alegro, porque les preparo á ustedes una gran sorpresa.

ENRIQUE. Cuál?

JULIA. Adivínala.

ESCENA X.

DICHOS, INOCENCIA.

INOC. La comida!

ENRIQUE. (Inquieto.) Pues no acierto...

JULIA. Te diré algo para que adivines el resto: cierta personi-

ta, á quien no vemos desde las últimas vacaciones, hace seis meses...

ENRIQUE. Cómo, Adela?

JULIA. Adela, mi sobrinita, que tanto te gusta, especialmente desde que es tu pupila.

ENRIQUE. Pist; efectivamente que es graciosita...

JULIA. Cómo graciosita? Es muy hermosa, y si no que lo diga mi tio.

PAT. Oh, yo lo creo; es una criatura divina.

ENRIQUE. (Ap.) (Debo estar más colorado que la grana.)

JULIA. Pues la aguardo, señores.

ENRIQUE. (Sorprendido.) Que viene... aquí!

PAT. Me alegro mucho; ya me habían dicho en Madrid que probablemente estaría en vuestra casa cuando yo llegase.

JULIA. Pues hay más; por una carta que he recibido cuando iba á esperar á usted, sé que llegará hoy.

ENRIQUE. ¡Hoy!

JULIA. (Observándole.) Qué tienes?

ENRIQUE. Yo... nada. (Ap.) (Aquí, delante de mi mujer! Todo lo va á adivinar!)

INOC. Señora, que la comida está esperando!

JULIA. Ya vamos; deme usted el brazo, tio.

ENRIQUE. (Ap.) (Quisiera hallarme cien varas dentro de la tierra! Qué hago ahora, qué digo? Cómo salgo de este atolladero? Y sin tiempo para consultar á mi tio...)

INOC. (Bajando.) Señor, la comida...

ENRIQUE. (Bruscamente.) No tengo gana.

INOC. (Con curiosidad.) Se ha puesto usted malo?

ENRIQUE. (Con precipitacion.) Sí, sí, me estoy muriendo de hambre. (Ap.) (Malditos criados!) (Á D. Patricio y Julia, que se marchan por el foro.) Eh, aguarden ustedes, que vamos juntos. (Pues señor, no sé qué hacer.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

LUIS, INOCENCIA.

INOC. Sí señor, es él, acabo de verle.

LUIS. El pobre Juan, mi sustituto.

INOC. El mismo; acaba de entrar en el pueblo su regimiento á tambor batiente; le he visto; al principio no le conocía; como viene tan tostado y tan lleno de polvo... pero él me reconoció al momento y saltó de alegría al verme.

LUIS. Y te habló?

INOC. Muy poco; me dijo al pasar: «vengo herido.»

LUIS. Pobre Juan; yo le recompensaré.

INOC. Es muy justo; esa herida le correspondía á usted.

LUIS. Y nunca lo olvidaré. Ademas, el dinero de la sustitucion le tengo puesto á rédito, y en cinco años que le faltan, ascenderá á una buena cantidad.

INOC. Ay Dios mio, va á ser millonario! Y yo que no tengo más que mis ahorros!

LUIS. En cinco años puedes aumentarlos bastante: ademas, que siempre tendrás algun gajecillo...

INOC. De la señora sí, pero del amo ni tampoco un céntimo. Si usted quisiera encargarse de pedirle algo en mi nombre para la boda...

LUIS. Perdona, hija; yo no puedo hacerlo, porque tengo que pedirle otra cosa para mí.

INOC. Qué?

LUIS. Ya lo sabrás.

INOC. Me alegraré de poder saber algo, porque en esta casa nunca puedo saber nada. Mire usted; ahora, durante la comida, rabiaba yo de curiosidad por saber lo que pasa... y nada, no lo he podido averiguar.

LUIS. Pues qué, sucede alguna cosa...

INOC. Me lo sospecho; verá usted: el amo no está en sí; ahora en la mesa, de pronto, se ponía más colorado que un pimiento; de pronto, más pálido que la cera; pedía de beber y tenía el vaso lleno; unas veces llamaba tio á su mujer, otras veces mujer á su tio; ya ve usted que esto no es natural, y por fuerza debe suceder algo, que yo no puedo saber á pesar de mi deseo de averiguarlo todo. Qué calcula usted que puede ser?

LUIS. No lo sé.

INOC. Ni yo tampoco; un señor que todo el mundo dice que es tan feliz, debe tener alguna cosa para distraerse de ese modo, porque los que son tan felices, sólo deben pensar en serlo. No es verdad?

LUIS. Sí, sí. (Ap.) (Si se le habrá indigestado la casa de campo?)

INOC. Ya están aquí.

ESCENA II.

DICHOS, JULIA, PATRICIO, ENRIQUE.

PAT. Vivan los administradores de Hacienda! En sus casas se dan comidas de ministros!

JULIA. Ah, que está aquí nuestro amigo don Luis. (Á Patricio.) Tio, tengo el gusto de presentar á usted á nuestro notario, uno de los dos que hay en la poblacion.

PAT. Me alegro mucho; yo soy partidario acérrimo de los notarios.

JULIA. Sí, usted es partidario de todo el mundo cuando se levanta de la mesa.

PAT. Es verdad, pero de quien lo soy más es del café.

JULIA. Inocencia, que lo sirvan pronto.

PAT. Mira, que esté bien caliente, porque el café sin este requisito... (Tomando la mano á Enrique.) Pero qué tienes? Estás pálido, frio, te has quedado hecho un estúpido!

ENRIQUE. Yo no, tio; estoy como siempre.

PAT. (Volviendo á Julia.) Entónces, sobrina mia:...

ENRIQUE. (Ap.) (Estoy temiendo ver entrar de improviso á mi pupila.) (Á Patricio.) Quisiera hablar con usted y consultarle...

JULIA. Sobre la casa de campo?

LUIS. Aquí traigo los planos y los títulos de propiedad.

ENRIQUE. (Turbado.) Sí, sobre eso era...

PAT. Tambien tengo yo que hablaros de asuntos que me atañen, (Inocencia entra con el café.) y puesto que estamos en familia, hablaremos mientras tomamos el café. (Viendo á Luis que va á marcharse.) Quédese usted, señor don Luis, no está usted de más.

JULIA. Acaso querría usted comprar otra quinta?

LUIS. Es tal vez la misma?

PAT. No, es otra cosa mejor. (Se sientan.) Bien sabeis, queridos sobrinos, que despues de una juventud prolongada indefinidamente, debo tener ya deseos de presentar mi dimision.

ENRIQUE. Renuncia usted á su destino?

PAT. No, hombre; hablo de la dimision de mi vida aventurera, de mi título de calavera; me reformo, en una palabra, me caso.

JULIA. Usted?

PAT. Como un filósofo, como un sabio. Yo tenía una buena renta, de la que he malgastado una parte con bailarinas, cantantes, etcétera; pero aún me queda lo bastante para vivir tranquilamente con mi esposa, y estoy

resuelto á ofrecérsela á mi futura, que desde luégo os advierto que no me importa que sea pobre.

JULIA. Muy bien, tio, no esperaba yo ménos de usted.

ENRIQUE. Ni yo tampoco: ¿conque aunque sea pobre?

PAT. Sí; ¿qué es el oro, qué es el dinero comparado con el candor y con la inocencia? qué, no aprobais mi idea?

ENRIQUE. Mucho que sí.

JULIA. Yo ya estoy deseando ver á mi nueva tia.

PAT. Hoy mismo la vereis. Pero os advierto que es conocida vuestra.

JULIA. Cómo?

PAT. Más todavía; depende de vosotros, ó mas bien de mi sobrino, porque es su pupila.

JULIA, ENRIQUE y LUIS. (Levantándose.) Adela!!

PAT. Por qué os habeis quedado estupefactos?

LUIS. Caballero.

JULIA. (Bajo á Luis.) Silencio.

ENRIQUE. Cómo, tio, Adela?

PAT. Sí, la misma; la he visto en Madrid y me ha gustado extraordinariamente.

ENRIQUE. Y esa es... la... jóven...

PAT. Con quien me quiero casar, y que te pido por esposa.

ENRIQUE. Á mí... (Ap.) (Eso sería demasiado, al fin es mi tio.) (Á Patricio.) Pues yo lo siento mucho, pero no puedo dar mi consentimiento.

PAT. Por qué?

ENRIQUE. (Turbado.) Porque... porque... (Haciéndole señas.)

PAT. Acaba.

ENRIQUE. (Ap.) (No entiende mis señas.) (Á Patricio.) Porque no son iguales los genios ni las edades?

PAT. Pero eso no te importa.

ENRIQUE. Sí que me importa; yo debo mirar por usted, y esas diferencias pueden acarrearle una desgracia.

PAT. (Con petulancia.) Ah! eso es cuenta mia; pero me extraña que me niegues su mano despues de los favores que te he hecho.

JULIA. Qué favores?

ENRIQUE. (Vivamente.) No, ninguno, ninguno. (Á Patricio.) Yo quería advertir á usted, por su interés... (Bajo á Patricio.) (Que es ella.)

PAT. (Id. á Enrique.) Quién?

ENRIQUE. (Id.) El lazo azul.

PAT. (Asombrado.) Y guinda!! cuerno!

JULIA. Qué tiene usted? ha mudado usted de color!

PAT. Nada; el color no importa; tu marido, que sin duda está equivocado, pretende... es decir, me da á entender....

ENRIQUE. (Bajo á Patricio.) (Tio!)

PAT. Que se habla de una ligereza... sí, esa es la palabra, ligereza, cometida por Adela, de cierta aventura...

LUIS. Esa es una impostura, caballero, y yo exijo al señor que presente la menor prueba que pueda hacer ver que es cierto.

ENRIQUE. (Ap.) (Ahora el otro.) Dispense usted, yo he dicho que creía...

PAT. Es decir que no estás seguro...

ENRIQUE. Pues no he de estarlo?

LUIS. Entónces, caballero, me dará usted las pruebas al momento.

ENRIQUE. No puedo; escúcheme usted.

LUIS. Nada escucho, hable usted.

JULIA. Sí, sí, es preciso que hables.

ENRIQUE. (Ap.) (Dios mio, qué situacion!) (Á ellos.) Señores, yo nada sé positivamente: cásese usted, tio, cásese usted.

PAT. No, no, tú has de hablar.

ENRIQUE. Yo no sé nada con certeza; pero he oido decir, y mi tio tambien, que hace algunos meses hubo... no sé qué... un jardin... se habla de una cita, de una casualidad, inocente por supuesto.

JULIA. (Riendo.) Já, já, já! si no es más que eso, bien pueden ustedes calmarse, yo lo sé todo.

ENRIQUE. (Con espanto.) (Qué dice!!)

JULIA. Creía que esa aventura no llegaría á descubrirse; pero ya que toma un carácter grave, y puede comprometer

á alguno, yo debo contarte en voz alta la verdad del hecho.

ENRIQUE. (Ap.) (Me lo va á contar! á mí!! Esto tiene gracia.)

JULIA. Adela, que todo me lo confiaba, me contó un dia que en el canastillo de la costura había encontrado una carta, una declaracion amorosa, en la que osadamente le pedían una cita.

PAT. Y esa carta?

JULIA. No la leí: Adela, en su justa indignacion, la había arrojado al fuego.

ENRIQUE. (Ap.) (Ay! me he salvado!)

JULIA. Y por discrecion ó por desprecio no quiso nunca nombrarme al culpable.

ENRIQUE. (Ap.) (Buen rasgo.)

JULIA. Pero yo, que queria descubrirle y confundirle por la noche, (Á ENRIQUE.) porque era por la noche...

ENRIQUE. (Y sigue contándomelo!)

JULIA. Envié á la cita pedida en la carta una persona de confianza.

PAT. Y quién fué esa persona?

JULIA. Mi criada Inocencia.

ENRIQUE. (Ap.) (Qué dice!!)

PAT. Bravo! buen chasco!

JULIA. Ni más ni ménos; pero el tiempo estaba tan malo, que el seductor faltó á la cita, é Inocencia se volvió sin haber encontrado á nadie.

ENRIQUE. (Ap.) (Embustera!)

PAT. (Riendo.) Já, já, eso no tiene precio! Y mi sobrino que creía...

JULIA. El qué?

ENRIQUE. (Ap. vivamente á Patricio.) (Silencio.)

PAT. (Siempre riendo.) Un deber en negarme su consentimiento, á mí, á su tio, y todo por honor á la familia? Está muy bien hecho; así debe proceder un buen sobrino. Pero ahora que la tempestadha pasado; que la gruta misteriosa, esa gruta de Dido y Eneas está explicada y ya no hay más obstáculos ni impedimentos, no puedes

negarme tu bendicion como tutor.

ENRIQUE. Sin duda que no.

LUIS. (A Julia.) (Cielos!) (Habla con Julia, ella le tranquiliza.)

PAT. (Bajo á Enrique.) (Vamos, despacha, que el empeño de este escribanillo en pedirte explicaciones me da mala espina.

ENRIQUE. (Id.) Cree usted...

PAT. (Id.) Conozco eso mejor que tú. Pasemos á tu gabinete, y allí podremos redactar el contrato, que el señor extenderá, porque quiero partir toda mi fortuna con mi esposa, cuando llegue á serlo.)

ENRIQUE. (Ap.) (Conque era Inocencia!)

PAT. (Desde la puerta del gabinete.) Vamos, vienes?

ENRIQUE. (Siempre distraido.) Sí señor, voy.

PAT. Te espero!

ENRIQUE. (Volviéndose precipitadamente.) Eh! qué!

PAT. Que tengo prisa, que tengo que hacer una visita. Adios, sobrina mia, hasta luégo; vamos; anda, sobrino y tutor, mi respetable... já... já... já.

ESCENA III.

JULIA, LUIS.

LUIS. (Despues de una pausa.) Y bien, señora?

JULIA. Y bien, caballero?

LUIS. Su marido de usted consiente.

JULIA. Y en quién está la falta? En usted; por qué ha rehusado ahora? Por qué ha pedido usted explicaciones?

LUIS. Y podía no pedirlas? podía dejar que ni la más leve mancha cayera sobre la reputacion de la que yo amo?

JULIA. Ciertamente que no; la intencion era noble y laudable, pero en este mundo nos pierden siempre las buenas intenciones.

LUIS. Lo que quiere decir, que he cometido una torpeza?

JULIA. Sí; pero con ella ha conquistado usted mi estimacion, mi aprecio.

LUIS. Muchas gracias, señora; pero entre tanto, tengo un ri-

val...

JULIA. De cincuenta años...

LUIS. Y seis mil duros de renta, y una nobleza, un desinterés...

JULIA. Que no comprendo, porque nunca lo ha tenido; es verdaderamente una desgracia.

LUIS. Y qué hago yo ahora, cuando tiene ya la palabra de su esposo de usted?

JULIA. Ya ha visto usted que no ha podido negarla; pero todavía se puede hacer que la retire.

LUIS. Y quién podrá obligarle á semejante cosa?

JULIA. (Sonriendo.) Ya buscaremos aliados que nos ayuden. (Toca el timbre.)

LUIS. Qué hace usted?

JULIA. Llamo á mi doncella.

LUIS. La de la cita misteriosa?

JULIA. No crea usted semejante cosa. Inocencia no acude á cita ninguna, ni da lugar á ellas.

LUIS. Entónces por qué ha dicho usted ántes?...

JULIA. Por sacar verdad de la mentira. Ya tendrá usted la prueba de todo ello.

ESCENA IV.

DICHOS, INOCENCIA.

INOC. Señora, acaban de llegar las cajas que esperaba usted.

JULIA. Bien, ya las veré despues. (Á LUIS.) Ahora debo ocuparme de usted.

LUIS. Agradezco mucho, señora, semejante sacrificio.

JULIA. (Sonriendo.) Cuando lo ordena la amistad, debe sacrificarse todo. Oye, Inocencia, te gusta mi casa? Estás contenta en ella?

INOC. Oh! sí señora, no tengo motivo alguno de disgusto, es usted tan buena... tan generosa...

JULIA. Muchas gracias, y estás convencida de que soy yo quien manda aquí?

INOC. Sí, señora, porque el amo no hace cosa alguna sin consultarlo ántes con usted, y sin pedirla su aprobacion.

JULIA. Así es.

INOC. Yo lo creo, y así pienso yo hacer cuando me case.

JULIA. Y harás muy bien, pero para casarte pronto, es preciso que hoy me ayudes en lo que voy á decirte.

INOC. Corriente, mande usted.

JULIA. Tienes que obedecerme sin replicar y sin preguntar.

INOC. Eso ya es algo más difícil, porque á mí me gusta enterarme de todo; pero en fin, obedeceré.

JULIA. Pues oye; vas á buscar á mi marido, que se encuentra en su gabinete con su tio, te aproximarás á él y le dirás en voz baja, «yo no quiero que ese matrimonio se realice, se lo prohibo á usted.»

INOC. Yo!

JULIA. Tú.

INOC. Yo he decir al amo á quien respeto...

JULIA. (Con suavidad.) Lo dices; si ó no.

INOC. Pero me va á plantar en la puerta en cuanto se lo diga.

JULIA. Yo te prometo que se espantará al oirte.

INOC. Al oirme... á mí!!

JULIA. Á tí, sí, y si acaso se resistiera, añadirás: «yo lo prohibo, y si no lo digo todo.»

INOC. (Vivamente.) Hay algun secreto?

JULIA. (Severamente.) Ya olvidas nuestras condiciones?

INOC. No es curiosidad, es el interés de usted el que me movía á... en fin, lo que me encarga usted es...

JULIA. Muy fácil de retener, acuérdate; «le prohibo á usted que esa boda se realice.»

INOC. «Ó lo digo todo.» Ya, ya; pero esto supone que yo sé algo, y francamente, no sé nada.

JULIA. Pues eso producirá mejor efecto, conque anda pronto, obedece.

INOC. (Aproximándose al gabinete.) Voy. (Ap.) (Vaya una comision rara! y por qué no se lo dirá la señora? Aquí viene.) (Viendo que se abre la puerta.)

JULIA. Mejor, dí lo que te he encargado y nada más: cuidado

con olvidarlo. (Á Luis.) Nosotros nos ocuparemos entre tanto de cosas más importantes.

LUIS. Más importantes!

JULIA. Sí, de esa casa de campo, de la que no hemos hablado todavía.

LUIS. Ah! estoy á las órdenes de usted, señora. (Se sientan en la mesa de la izquierda y examinan los planos.)

ESCENA V.

DICHOS, ENRIQUE, saliendo del gabinete de la derecha.

ENRIQUE. (Hablando hácia adentro.) Puede usted estar tranquilo, tio, se redactará tal como usted lo ha dicho. (Ap.) (No he visto jamás un empeño parecido. (Viendo á Inocencia.) (Cielos! Inocencia! es la primera vez que la veo desde que se... siento encontrarme con ella!)

INOC. (Acercándose.) Señor.

ENRIQUE. (Ap.) (Ay Dios mio! me llama, y mi mujer que está allí!)

INOC. (Turbada.) Señor...

ENRIQUE. (No hay duda, quiere hablarme! (Mirándola.) y qué agitada está! no había reparado... (Á ella.) No puedo ahora, estoy ocupado.

INOC. Si no es más que una palabra...

ENRIQUE. (Ap.) (Si me niego á oirla es capaz de dar aquí un escándalo.) (Indicándole que se acerque á él al otro extremo del proscenio, y sin mirarla.) Qué quieres?

INOC. (Ap.) (Llegó el momento, y cómo me atrevo!)

ENRIQUE. (Bajando los ojos y á media voz.) Vamos, qué quieres, Inocencia?

INOC. Que... (Ap.) (No me atrevo.) (Á Enrique.) Quería decir á usted que los recaudadores están esperando.

ENRIQUE. Bien, bien, voy allá. (Ap.) (Respiro.) (Da algunos pasos hácia el foro.)

INOC. (Llamándole.) Señor?

ENRIQUE. (Volviendo.) Hay más?

INOC. Sí señor, no quisiera faltar á usted al respeto de nin-

guna manera, pero... usted sabe cosas... de las que yo no he hablado nunca...

ENRIQUE. (Vivamente y á media voz.) Es verdad; y estoy agradecido á la prudencia que has observado hasta hoy... pero ya ves que este no es momento oportuno... mis negocios... don Luis me aguarda... ese contrato de boda...

INOC. Precisamente de eso quería hablar.

ENRIQUE. (Asustado) De la boda!!

INOC. Sí señor. (Ap.) (Me cuesta tanto trabajo!) (Á media voz.) Esa boda no se puede realizar, yo lo prohibo.

ENRIQUE. Dios mio!

INOC. (Ap.) (Ya solté la palabra)

ENRIQUE. Que tú la prohibes! Inocencia, qué significan esas pretensiones, esas exigencias intolerables? Y con qué motivo? qué razon?

INOC. Motivo... motivo... que yo la prohibo. (Ap.) (En no saliendo de aquí...

ENRIQUE. Pero...

INOC. Ó lo digo todo.

ENRIQEE. (Llevándola más al extremo.) Más bajo... más bajo... desgraciada.

INOC. (Ap.) (Cualquiera diría que me teme.)

ENRIQUE. (Ap.) (Vaya un compromiso! y mi tio á quien he prometido...)

INOC. Conque...

ENRIQUE. Calla!

INOC. Qne lo digo todo.

ENRIQUE. No, no, no se realizará; queda convenido, pero calla. (Ap.) (Y no atreverme á despedirla!)

JULIA. (Levantándose.) Qué es eso?

ENRIQUE. (Enseñando un papel y pasando.) Es el borrador del contrato que traigo al señor.

JULIA. Y eso te hace temblar de ese modo?

ENRIQUE. (Mirando á Inocencia.) No; es que desde que dí á mi tio el consentimiento, he pensado... que á pesar de su fortuna... tiene una edad, que francamente... compro-

metería la dicha de Adela...

LUIS. (Con alegría.) (Qué dice?)

JULIA. Eso es lo que decíamos nosotros.

ENRIQUE. Y si tú pudieras hacérselo comprender, porque eso es lo que yo quiero... (Mirando á Inocencia.) que no haya ruidos, ni escándalos; nada, en santa paz podemos quedar todos satisfechos.

JULIA. Perfectamente: yo me encargo de decírselo. Pero no olvides que te esperan los recaudadores.

ENRIQUE. Ah, sí; ya voy. (Aproximándose á Inocencia, mientras Luis y Julia toman los papeles que han dejado sobre la mesa.) Estás contenta, déspota?

INOC. (Ap.) (Ah! una idea!) (Á él.) Todavía no; quiero que para mi boda me de usted un regalito de cien duros siquiera.

ENRIQUE. Todavía quieres...

INOC. Ó lo digo todo.

ENRIQUE. (Vivamente.) Bien, doscientos, trescientos duros, lo que quieras, pero cállate. (Ap.) (Oh! mi dignidad de hombre por el suelo, pisoteada, humillada por esta. (Á Julia que le observa.) Ya voy, hija, ya voy. (Se va por el foro.)

ESCENA IV.

DICHOS, ménos ENRIQUE.

INOC. (Viéndole salir.) Qué poder tiene esa palabra! No lo creería á no verlo!

LUIS. Esto es mágico, señora, incomprensible!

JULIA. Sea usted dichoso sin comprender la causa. Pero no perdamos tiempo; siga usted á mi marido y pídale inmediatamente á su pupila en matrimonio.

LUIS. Yo!

JULIA. Es preciso que cuando vuelva mi tio encuentre la plaza ocupada.

LUIS. Y cómo? Yo bien puedo pedir la mano de Adela, pero obligar á don Enrique á que me la conceda...

JULIA. Eso ya corre de mi cuenta. Yo voy á ocuparme ahora

de mis asuntos, que he abandonado un poco por usted

LUIS. Qué amable es usted, señora.

JULIA. Vaya usted, vaya usted pronto. (Luis se va por el foro.)

ESCENA VII.

JULIA, INOCENCIA.

JULIA. (Sentándose en la mesa de la derecha y escribiendo.) Con algunas palabras de aquella letra desconocida, que él recordará al momento...

INOC. Señora?

JULIA. (Escribiendo.) Qué?

INOC. Quisiera que me explicara usted un poco... nada más que un poco... de esas palabras que he dicho á mi amo... y...

JULIA. Imposible: te he prohibido las preguntas. (Levantándose.) Pero oye.

INOC. (Con alegría.) Voy á saber algo? tanto mejor.

JULIA. Esta carta la entregarás ahora mismo á mi marido, con mucho misterio.

INOC. (Abriendo el billete, que no está cerrado.) Eso no es difícil: por supuesto, cuando usted no esté.

JULIA. Al contrario; cuando yo esté delante, pero sin que me aperciba de ello.

INOC. Eso ya es más difícil; pero si usted me dice...

JULIA. Nada, que está aquí ya.

ESCENA VIII.

DICHOS, ENRIQUE, INOCENCIA, al proscenio á la derecha.

ENRIQUE. (Entrando lleno de cólera.) Esto no tiene nombre! parece que todos se han propuesto...

JULIA. (Con dulzura.) Qué es eso? qué tienes?

ENRIQUE. Que parece que todos se han dado hoy de ojo para pedirme la mano de Adela.

JULIA. (Con naturalidad.) De veras? y quién?

ENRIQUE. Qué, si no lo vas á creer! nuestro notario ha salido

ahora con esa embajada. ¿Qué dices tú á semejante pretension?

JULIA. (Con frialdad.) Yo? nada. Á tí es á quien toca... ¿Y qué la has respondido?

ENRIQUE. Lo que contesta uno cuando no sabe qué decir, cuando no tiene ideas y aguarda á que le acudan á la imaginacion. Estoy muy ocupado, no puedo ahora entreterme en eso; qué sé yo? mil majaderías.

INOC. (Acercándose y á media voz.) Señor?

ENRIQUE. (Con impaciencia.) Todavía. (Inocencia le enseña la carta mientras Julia se distrae.) (Una carta! y delante de mi mujer?

INOC. Si no nos mira!

ENRIQUE. Es igual, porque no quiero tomarla.)

JULIA. (Vivamente.) Qué es eso?

ENRIQUE. Digo... que quiero dar alguna respuesta á Luis.

INOC. (Acercándose y á media voz.) (Señor, la cartita queda sobre la mesa de despacho de usted.

ENRIQUE. (Haciéndole señas para que se marche.) Eh? yo no la veo.

INOC. (Marchándose.) Oiga usted, señor. (Bajo señalando con el dedo.) Allí está.)

ENRIQUE. (Ap.) (Hé aquí el fruto de mi imprudencia.)

INOC. (Al marcharse pasando por el lado de Julia.) (Está bien así?)

(Julia hace señas de que sí é Inocencia sale por el foro.)

ESCENA XI.

JULIA, ENRIQUE.

ENRIQUE. (Yendo á sentarse á la mesa y ocultando la carta debajo de un legajo de papeles y ap.) (Felizmente mi mujer no ha visto nada. Hay un Dios para los maridos.)

JULIA. (Que se ha levantado y que se encuentra en este momento detrás de él.) Pero no escribes?

ENRIQUE. (Turbado.) No, buscaba una palabra... y una pluma...

JULIA. (Dándole una pluma.) Aquí hay una. (Se apoya en el hombro de Enrique.) Te incomodo?

ENRIQUE. No.

JULIA. Entónces quisiera decirte, mientras escribes, que esa casa de campo, la del juez, y es idea que me ha dado él mismo, porque es muy amable y muy galante conmigo...

ENRIQUE. (Queriendo sonreir.) Sí, en efecto, cualquiera diría que estaba enamorado de tí.

JULIA. Y así me lo ha dicho; pero ha perdido lastimosamente el tiempo, porque sabe que yo amo á mi marido, y le seré fiel, siempre que él lo sea para mí.

ENRIQUE. Cielos!!

JULIA. Pero si fuera al contrario, oh! entónces... (Conteniéndose.) felizmente no hay que pensar en esto, y quiero que nos ocupemos de esa casa de campo que él dice que es tan necesaria á tu salud.

ENRIQUE. (Ap. y escribiendo.) (No se marchará.)

JULIA. Me ha avisado ahora; pero, calla, hoy parece que estás malo.

ENRIQUE. En efecto, no me siento bien.

JULIA. Lo ves? eso es que te hace falta el aire de campo, una quinta donde puedas pasear en coche, y ya verás cómo la salud se mejora, y si me quieres...

ENRIQUE. Pues qué, lo dudas?

JULIA. (Con ternura.) No; pero me choca que no hayas consentido...

ENRIQUE. (Ap.) (Cualquiera diría que adivina siempre mi situacion.) (Á ella.) Vamos, bien, consiento, la compraré y el coche tambien, todo lo que quieras.

JULIA. Conque tambien el carruaje?

ENRIQUE. Tambien.

JULIA. Muchas gracias; eres el más bondadoso de todos los maridos. Voy á decirlo así á todo el mundo, y el primero al notario, que está aquí esperando tu respuesta.

ENRIQUE. Y de la cual todavía no he podido escribir dos renglones.

JULIA. Es verdad, te estoy incomodando. Adios, te dejo.

ENRIQUE. Adios. (Julia se marcha por la parte izquierda.)

ESCENA X.

ENRIQUE, á poco PATRICIO.

ENRIQUE. (Buscando la carta de Inocencia.) Gracias á Dios: veamos ahora lo que me escribe esa desdichada.

PAT. (Saliendo.) Ya estoy aquí. Viva el placer, viva la alegría! Vengo de ver á una porcion de personas, á quienes he participado ya mi matrimonio.

ENRIQUE. (Ap.) (Ay Dios mio!) (Á él.) Tio, siento tener que decir á usted que ese matrimonio es imposible por ahora.

PAT. Qué dices?

ENRIQUE. (Dándole la carta.) Lea usted esta carta de Inocencia.

PAT. (Leyendo.) «Señor...» Calle, la letra consabida!

ENRIQUE. Estas son las consecuencias de la ilustracion! Las criadas no debían saber escribir.

PAT. (Leyendo.) «Señor: el señor don Luis, de quien Juan es »sustituto...»

ENRIQUE. Es verdad.

PAT. (Leyendo.) «Me promete mil duros si se casa con la se»ñorita Adela.» Cuando yo te decía que estaba enamorado!

ENRIQUE. Siga usted, siga usted.

PAT. «Así pues, ruego á usted, sin mandárselo...»

ENRIQUE. Vaya un estilo bonito!

PAT. «Que se la conceda usted por esposa desde hoy, ó de »lo contrario yo *lo digo todo* á la señora.»

ENRIQUE. Que *lo dice todo*, ya lo oye usted. Qué escándalo, qué trueno tan horrible! Yo se lo pido á usted, tio, por la tranquilidad de mi casa, por mi felicidad, es preciso...

PAT. Que yo renuncie á la mia?

ENRIQUE. Puede usted encontrarla tambien casándose con otra, pero no se obstine usted en que sea esa; si apenas la conoce usted. Ademas, su fortuna es escasísima; su dote insignificante...

PAT. Insignificante! Tiene dos millones de reales!

ENRIQUE. No lo crea usted; si no es ella la heredera, si es su primo!

PAT. No, era su primo.

ENRIQUE. Cómo?

PAT. Sí, ya no existe; hace tres semanas que tuvo en Sevilla una cuestion por no sé qué lance de una corrida de toros, de la que resultó un duelo, donde murió de un pistoletazo.

ENRIQUE. Está usted seguro?

PAT. Segurísimo; ayer lo supe por conducto de mi administrador, persona veracísima, y no queda más heredero que Adela.

ENRIQUE. Vamos, ya comprendo el desinterés de usted y la donacion mútua.

PAT. Tú me has dado palabra formal de que me la concedes para esposa, pero si faltas, tampoco tendré yo obligacion de guardar tu secreto delante de tu mujer.

ENRIQUE. (Asustado.) Pero tio...

PAT. Conque decide.

ENRIQUE. Y qué quiere usted que decida? Cómo librarme de la dominacion de esa infernal criada, alentada por mi debilidad?

PAT. Nada más fácil; el contenido de una carta prueba que cederá al que más dinero le ofrezca.

ENRIQUE Entónces...

PAT. Obras como en todos los negocios legales; por mil duros se ha vendido á nuestro contrario, démosla dos mil y se pasará á nosotros.

ENRIQUE. Usted lo cree así?

PAT. Yo me encargo de ello y acepto la responsabilidad.

ENRIQUE. Oh, tio de mi alma, qué rasgo tan sublime!

PAT. Á mí no me costará trabajo ni dinero, porque ya sabes que tengo en mi poder el arriendo de tu casa...

ENRIQUE. Creo sin embargo...

PAT. Qué!

ENRIQUE. Que es usted el que se va á casar.

PAT. Bien, pero quién ha cometido la falta? Tú. Y quién

debe pagarla? Tú.

ENRIQUE. No; permita usted.

PAT. Chist, calla, que ya está aquí.

ESCENA XI.

DICHOS, INOCENCIA.

INOC. Señor, señor.

ENRIQUE. (Á su tio.) Alguna nueva bestialidad.

PAT. Silencio y escuchemos. (Á Enrique.)

INOC. La señora me manda decir á usted que ha llegado la señorita Adela.

PAT. (Á Enrique.) Ya ves que no hay tiempo que perder. Bien, Inocencia, oye, acércate.

INOC. Qué se le ofrece á usted?

PAT. Ahora lo sabrás. (Bajo á Enrique mirando á Inocencia.) Sabes que no había reparado? pues no es fea esta chica! ah! tuno, y decías que eras muy desgraciado!

ENRIQUE. (Á su tio.) Pero tio, por Dios, puede usted pensar en este momento... (Mirándola de reojo.) Y en efecto, no es maleja. (Conteniéndose.) Acérquese usted, Inocencia, mi tio quiere hablar con usted.

INOC. (Colocándose entre los dos.) (Qué diablos tienen!)

ENRIQUE. (Despues de una pausa.) He leido la carta de usted, Inocencia.

INOC. La ha leido usted?

PAT. (Friamente.) Si la ha leido.

INOC. Conque la ha leido?

PAT. Y yo tambien.

ENRIQUE. No me incomodo por su contenido.

INOC. Muchas gracias, señor.

ENRIQUE. (Con timidez.) Lo pasado, pasado, Inocencia.

PAT. Sí, no hablemos más de eso.

INOC. Yo no he hablado.

ENRIQUE. No me ha dicho usted que iba á decirlo todo?

INOC. Es verdad.

PAT. Ah! pero no lo dirá porque quiere casarse con Juan.

INOC. Es verdad.

PAT. Y ademas porque nosotros le ofrecemos...

ENRIQUE. Seiscientos duros por ahora, de gajes.

INOC. Seiscientos duros!

PAT. Y despues aumentaremos hasta dos mil.

INOC. (Estupefacta.) Eh! dos mil duros, á mí!

PAT. Y contantes. (Abriendo la cartera.)

ENRIQUE. Pero es con la condicion de callar.

PAT. De guardar un inviolable silencio.

INOC. (Extendiendo la mano.) Oh, si no es más que eso... pero si no es posible...

PAT. (Sacando los billetes y dándoselos.) Aquí están.

ENRIQUE. (Bajo.) Pero nos prometes callar? tienes bastante fuerza para no hablar?

PAT. (Id., cada uno la lleva á su vez á un extremo.) Yo lo creo, no ves que va á casarse, y á ella no le conviene que se sepa.

ENRIQUE. Conque ni una palabra, eh?

INOC. Lo juro, y si se me escapa una sola...

PAT. Basta.

INOC. (Á Enrique.) Ya me conoce usted, señor, ya sabe usted que soy callada.

ENRIQUE. (Con alegría.) Ah! abrázame... (Conteniéndose.) No, abrace usted á mi tio.

PAT. Con mucho gusto, ven aquí, te debo mi matrimonio.

ENRIQUE. Y yo mi tranquilidad. Ah! ya no tengo por qué temer, vuelvo á recobrar mi dignidad de hombre, mi autoridad de marido.

PAT. La has reconquistado.

ENRIQUE. Sí, y como usted decía, las conquistas cuestan muy caras.

PAT. Ya puedes hacer uso de tu derecho.

ENRIQUE. Y hablar como amo, y levantar la voz... corro á buscar á mi mujer. (Se marcha.)

INOC. Yo á contarle á Juan todo lo que sé. (Se marcha.)

PAT. Y yo á casa del otro escribano á firmar el contrato que hace mi felicidad.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

JULIA é INOCENCIA.

INOC. Sí señora, sí, tenía usted razon cuando me decía que me haría rica, y me casaría con mi pobre Juan.

JULIA. Me alegro mucho de haber sido yo la causa.

INOC. Y el señor tambien, que me ha dado buenos gajes.

JULIA. De verdad?

INOC. Y tambien su señor tio despues de leer mi carta, es decir, la de usted, me ha regalado seiscientos duros por guardar el silencio que usted me había encargado.

JULIA. Ah! comprendo, y tú has admitido ese dinero?

INOC. Sí señora.

JULIA. Pues bien, yo voy á darte ahora...

INOC. Alguna otra carta? Venga, venga.

JULIA. No, nuevas instrucciones para contestar.

INOC. Si no puedo.

JULIA. Te vas á encargar de decir...

INOC. No puedo, he ofrecido no decir una palabra, y si hablase perdería mis gajes.

JULIA. Es decir, que te has pasado al enemigo?

INOC. Yo suplico á usted que no se incomode.

JULIA. De ninguna manera.

INOC. Acabo de hablar con Juan de los dos mil duros, y se ha quedado estupefacto al ver que soy más rica que él; esto le ha hecho tanto efecto, que me ha dicho que desearía entrar al servicio de usted tan pronto como tome la licencia.

JULIA. Sí, eh?

INOC. Yo no he dicho nada al amo todavía; lo dejo para despues.

JULIA. Ya.

INOC. Pero esto tambien consiste en usted, y si quisiera usted decir algo por Juan...

JULIA. Yo no puedo ahora, Inocencia; á mí me toca callar tambien.

INOC. Ya estoy yo segura que no callará usted.

JULIA. Pues te engañas.

INOC. Yo sé que consentirá usted... y si así no fuese... á mi pesar me vería obligada...

JULIA. Á dejarme?

INOC. No señora; porque el agradecimiento... pero... (Tímidamente y bajando los ojos.) yo... entónces... lo diré todo.

JULIA. Sí, eh?... (Estoy cogida á mi vez!) Y vamos á ver, qué dirá usted?

INOC. Yo contaré al señor, que usted fué quien me encargó que le dijera: «Lo diré todo.»

JULIA. (Tiene razon, con sola una palabra sería bastante...) Bien, Inocencia, dónde está Juan?

INOC. En su cuartel. Quiere usted que vaya á buscarle?

JULIA. Anda, y esta tarde os daré á los dos la respuesta.

INOC. Voy corriendo. Usted comprenderá... (Se va.)

JULIA. Sí, marcha; comprendo perfectamente que es preciso pararte, de lo contrario esta criada llegaría á ser la dueña de la casa.

ESCENA II.

JULIA, LUIS.

LUIS. Ay señora!

JULIA. Trae usted buenas nuevas?

LUIS. Desastrosas! Fuí en busca de don Enrique para saber la respuesta de mi peticion, pero no estaba solo: él, su tio de usted y mi cofrade el notario, hablaban con tanto ardor, que en el momento de abrir yo la puerta del gabinete, pude oir claramente estas palabras: «Sí, tio mio; Adela es de usted; ya sabe usted que desde hoy tengo fuerza para no temer nada.» Mi presencia le impidió continuar.

JULIA. Sí; y desgraciadamente ha dicho la verdad; todo nos abandona... (Sonriendo.) excepto Adela á quien acabo de ver, y que está siempre por nosotros; pero Inocencia, con la cual contaba para tener contínuamente á mis adversarios en alarma... se ha pasado al enemigo y yo no sé ya qué hacer.

LUIS. Usted, que domina los acontecimientos y destruye los obstáculos! No sabe usted qué hacer, cuando esta mañana con una sola palabra ha cambiado usted completamente todas las resoluciones de su marido?

JULIA. (Reflexionando.) Es verdad; y si hoy repito esa palabra, puede que le obligue tambien; pero será por última vez. Esa palabra misteriosa por la cual yo mando desde hace seis meses, se desprestigiará tan pronto como sea conocida; y eso equivaldría á abdicar un poder que yo quiero conservar.

LUIS. No comprendo.

JULIA. Lo creo. (Escuchando.) Es mi marido!

LUIS. (Vivamente.) Nos protegerá usted?

JULIA. No deseo otra cosa; pero no respondo de nada. Márchese usted; necesito que no le encuentre aquí mi marido.

LUIS. Usted es mi única esperanza. (Se marcha.)

ESCENA III.

JULIA, ENRIQUE.

ENRIQUE. Yo no oigo nada que no sea así. Y Inocencia, por qué no está aquí cuando yo la llamo? por qué ha salido sin mi permiso?

JULIA. (Qué envalentonado viene! Tiene razon Luis; ya no tiene miedo. Ha recobrado su aplomo.)

ENRIQUE. (Con alegría.) (Ya reino, ya respiro, ya he reñido con todos; qué gusto, hace tanto tiempo que no regañaba!) (Viendo á Julia.) Ah! eres tú?

JULIA. Sí, yo misma; y vengo á hablarte de negocios.

ENRIQUE. Ya adivino; es todavía la cuestion del carruaje y de la casa de campo?

JULIA. No, no, eso ya está concedido y arreglado por tí.

ENRIQUE. (Bien á mi pesar; y si fuese ahora...) (Sentándose.) En fin, qué quieres? habla pronto, que va á llegar mi tio con todos sus papeles para su matrimonio, que voy á firmar.

JULIA. Y estás decidido á que se case con Adela?

ENRIQUE. Completamente decidido: es mi único pariente, es mi tio, es mi familia... y ademas hay otras mil razones.

JULIA. Cuáles?

ENRIQUE. Razones muy largas de explicar, y contra las cuales no hay objecion que hacer.

JULIA. Puede hacerse, sin embargo, una que yo creo bastante importante, y que nosotros no podíamos adivinar, y es que don Luis y Adela se aman.

ENRIQUE. Pero eso no le importa nada á mi tio.

JULIA. En este momento en que la pasion le alucina, no digo lo contrario; pero más adelante se arrepentirá de haberse casado con una jóven, que no tiene fortuna, ni porvenir.

ENRIQUE. Hé aquí como siempre hablas sin estar enterada. (Con aire de superioridad.) Todo cuanto supones es al revés precisamente; Adela es muy rica.

JULIA. Sí?

ENRIQUE. (Lo mismo.) Sí; su primo ha muerto, y hoy es ella la única heredera de dos millones.

JULIA. Y eso lo sabía tu tio?

ENRIQUE. Mi tio sabe siempre todo lo que hace.

JULIA. (Y mi pobre protegido tan enamorado, tan desinteresado! Ah! esto no seria justo; vamos, valor, generosidad, y aunque sea á costa de mi poder, salvemos su amor. (Yendo á Enrique que está tendido en la butaca.) Enrique?

ENRIQUE. (Con indiferencia.) Qué? Hemos llegado ya á ese terrible negocio del que me querías hablar?

JULIA. Sí; y es muy embrollado, muy difícil.

ENRIQUE. Para vosotras las mujeres todo es árduo y difícil; pero para nosotros...

JULIA. Por eso mismo me he dirigido á tí, que lo arreglarás muchísimo mejor que yo.

ENRIQUE. Probablemente; conque vamos á ver, de qué se trata?

JULIA. Ya te he contado esta mañana aquello de la gruta, y de...

ENRIQUE. (Levantándose vivamente.) (Ay Dios mio! Ya pareció aquello.)

JULIA. (Mi poder empieza.) La idea que yo tuve de mandar á Inocencia...

ENRIQUE. (Con viveza.) Que no encontró á nadie, ella misma lo ha dicho.

JULIA. Sí, pero me engañó, y la prueba es que hoy mismo ha recibido de su seductor una suma enorme.

ENRIQUE. (Ay Dios mio!)

JULIA. Y parece que Juan, su novio, el soldado...

ENRIQUE. Sí, ya sé; el que vuelve de África.

JULIA. Quiere saber dónde ha podido adquirir ella esa suma, y la pobre Inocencia, asustada con sus amenazas, se lo ha confesado todo, hasta el nombre de su seductor.

ENRIQUE. Y te ha dicho ese nombre?

JULIA. No; pero no tardaremos en saberlo, porque Juan está celoso y quiere matarle, y como no le hagamos entrar

en razon... yo, por mi parte, no quiero mezclarme en este asunto, no quiero contestaciones con ese soldado brutal; pero tú...

ENRIQUE. Yo! no...

JULIA. Sí; tú debes hablarle, tú debes inclinarle á la moralidad, al perdon de los que lo imploran y lo necesitan, de esos pobres culpados; y ademas, como tú mismo has dicho hace un momento, vosotros, los hombres, sois únicamente los que teneis inteligencia y costumbre para los negocios, para estos sobre todo. Adios, voy á mi cuarto... te dejo solo...

ENRIQUE. (Deteniéndola.) Escucha.

JULIA. Qué quieres?

ENRIQUE. Oye una sola palabra.

ESCENA IV.

DICHOS, PATRICIO.

PAT. Ya estoy aquí con el contrato extendido, que no le falta más que tu firma.

ENRIQUE. (Tomándolo.) Ahora, tio, en seguida soy con usted; tengo que hablar con mi mujer.

PAT. Asuntos domésticos?

ENRIQUE. Eso es.

PAT. Los respeto y los admiro: mañana tendré yo tambien asuntos domésticos que tratar. Y apropósito, abajo hay un soldado que quiere hablarte.

ENRIQUE. Ay Dios mio!

PAT. Está con Inocencia.

JULIA. (Á Enrique.) Ese es Juan.

PAT. El mismo; sube detrás de mí.

ENRIQUE. (Bajo á Patricio.) Deténgale usted, no le deje usted entrar, ó todo se ha perdido!

PAT. (Id.) Cómo es eso?

ENRIQUE. (Id.) Ese soldado lo sabe todo, es el novio de Inocencia y quiere tener aquí una horrible escena, para la cual necesito preparar á mi mujer.

PAT. Pues ya tienes ahí el drama que deseabas.

ENRIQUE. Tio!

PAT. Voy, voy á ver si puedo detenerle. (Se marcha por el foro. Julia baja.)

JULIA. (Bien; ahora nos toca á nosotros.)

ESCENA V.

JULIA, ENRIQUE.

ENRIQUE. (No hay otro medio de salvacion, tengo que descender al clasicismo y contárselo todo á mi mujer: había de saberlo más tarde ó más temprano.) (Volviéndose á Julia.) Julia?

JULIA. Pero no vas á ver á Juan?

ENRIQUE. No, todavía no; quería hablarte, consultarte...

JULIA. (Señalando los papeles que Enrique conserva en la mano.) Sobre el contrato?

ENRIQUE. Sí, hija mia... sobre lo que hablabamos ántes.

JULIA. De veras? accedes á mi peticion?

ENRIQUE. Yo quiero cuanto tú desees; ya lo has visto esta mañana al tratar de esa casa de campo... la compré sin murmurar... y no es solamente eso, quiero que la boda de ese jóven...

JULIA. Es posible! Ah! qué bueno eres y qué indulgente para mí!!

ENRIQUE. No, hija mia, es al revés, soy yo el que necesita de toda tu indulgencia.

JULIA. Cómo es eso? Explícate.

ENRIQUE. Ay, eso no es tan fácil! Ya sabes, querida mia, que yo me casé contigo loco de amor, de un amor que el tiempo no ha disminuido, muy al contrario.

JULIA. Y qué mal hay en eso?

ENRIQUE. Ninguno; pero al amarte con tanto delirio pudiera dar lugar á una tontería.

JULIA. Hasta ahora no veo ninguna.

ENRIQUE. Pues yo sí. Un hombre que está adorando contínuamente á su mujer se presta al ridículo.

JULIA. No lo creas.

ENRIQUE. Y por temor á los epigramas, por amor propio, no por otra cosa, porque, yo te lo juro, yo no la amaba.

JULIA. Cómo, caballero?

ENRIQUE. (Vivamente.) Sí, hija mia, un instante de error, y olvido un sólo instante que me ha arrebatado para siempre mi tranquilidad, mi sosiego, y la prueba es que hoy de motu propio, sin que nadie me obligue, agobiado por el peso de los remordimientos, quiero mejor confesarlo todo, cayendo á tus piés. (Se arrodilla.)

JULIA. (Friamente.) Qué dice usted, caballero? Hable usted.

ENRIQUE. No me mires con ese ceño y perdóname, soy culpable.

JULIA. Corriente; toda vez que usted me habla con esa franqueza, yo debo contestarle con la misma; usted me autoriza, y sin temor puedo decir á mi vez... (Bajando los ojos.) que yo tambien soy culpable.

ENRIQUE. (Levantándose con ímpetu.) Qué!!!

JULIA. Nunca sin esa confesion hubiese usted sabido mi fatal secreto; nunca me hubiera atrevido á confesar que yo le había engañado á usted hace tanto tiempo.

ENRIQUE. Que significa esto? No, tú me engañas, tú no eres culpable.

JULIA. Más que usted, porque usted me ha engañado por una persona á quien no amaba, y yo he faltado á usted por una á quien he amado y á quien amo todavía.

ENRIQUE. Y quién es? El juez?

JULIA. No señor, es otro.

ENRIQUE. Y aquí? Á mi vista? y desde cuándo?

JULIA. Hace seis meses poco más ó ménos.

ENRIQUE. (Canastos! mi época!)

JULIA. Me pidió una cita por medio de un billete abrasador...

ENRIQUE. (Como yo!!)

JULIA. Y me decía que á la noche siguiente, en la gruta del parque...

ENRIQUE. (Cuerno! como yo!!!)

JULIA. Á las diez...

ENRIQUE. Eh, eso no es posible! Te estás burlando de mí?

JULIA. Desde hace seis meses.

ENRIQUE. Cielos! Entónces, Inocencia...

JULIA. Era yo.

ENRIQUE. (Cayendo de rodillas.) Ah! perdóname, mándame... yo te juro una obediencia y una sumision absoluta.

JULIA. (Eso es lo que yo ambicionaba nada más.)

ESCENA VI.

DICHOS, LUIS, por la puerta izquierda y PATRICIO, por el foro.

PAT. (Imprudente! á los piés de su mujer!) (Á ENRIQUE.) Cállate, no hables.

ENRIQUE. Es tarde, tio mio; ya lo he confesado todo.

PAT. Eso no debe confesarse nunca; Juan no sabe nada.

ENRIQUE. Pero Julia lo sabe todo.

PAT. Es posible?

ENRIQUE. Sí. (Señalando á Julia.) «Te espero.»

PAT. Ah demonio! Era...

JULIA. Espero, querido tio, que ahora no será usted ya mi enemigo. Y en cuanto á usted, señor don Luis, será usted el esposo de Adela; mi marido da su consentimiento.

PAT. Qué dices?

JULIA. Y usted se alegrará tambien, tio mio, porque se aman, y ya ve usted, que sería una lástima...

PAT. Sí, sí.

JULIA. Á una persona como usted, poco lauro puede dar una conquista más ó ménos.

PAT. Es verdad.

JULIA. (Á LUIS.) Tambien había prometido á usted aumentar el dote de Adela, y desde hoy cuente usted con dos millones de reales.

LUIS. Yo!!

JULIA. Tranquilícese usted; no es mi marido el que los da.

ENRIQUE. (Felizmente.)

ESCENA VII.

DICHOS, INOCENCIA.

INOC. Señora, vengo á decir á usted que Juan está esperando abajo.

JULIA. Nos alegramos mucho de verle y de que os caseis pronto.

ENRIQUE. (Con alegría.) Ciertamente, Inocencia.

INOC. Es que quería preguntar á usted si le concede la colocacion que he pedido para él esta mañana. Qué le digo?

JULIA. Que no.

ENRIQUE. Mi mujer y yo hemos desestimado la peticion. Negamos.

INOC. (Desconcertada.) Entónces... si no es así... (Á Enrique.) Lo diré todo.

ENRIQUE. (Riendo.) Dilo.

INOC. (Á Julia.) Señora, que lo digo todo.

JULIA. Dilo.

INOC. (Á Patricio.) Señor...

PAT. Dilo, dilo, te autorizamos.

INOC. Pues señor, creo que todos saben el secreto ménos yo.

ENRIQUE. Eso sucede generalmente á los curiosos. (Á Patricio.) Y yo creía que engañaba á mi mujer!

PAT. Cuando eras tú el engañado!

ENRIQUE. Por eso mismo, en realidad, yo no era culpable.

JULIA. Es verdad, pero ten cuidado, porque si algun dia tu desgracia te arrastrase á dar un paso semejante, perderías la tranquilidad de tu matrimonio, que es la mayor felicidad de la tierra.

ENRIQUE. Gracias á Dios que respiro
libre de tanto cuidado!
Ya sé que no soy culpado
y venturoso me miro.
Ahora tan solo suspiro

por otra dicha anhelada,
por una ilusion ansiada,
fuente de nuestro reposo,
que el público bondadoso
quiera dar una palmada.

FIN DE LA COMEDIA.

AUMENTO A LA ADICION DE 1.° DE MAYO DE 1876.

TÍTULOS.	Actos.	AUTORES.	Prop. que corresponde
COMEDIAS Y DRAMAS.			
El doctor Escamilla.....	1	D. J. Moreno Liaño....	Todo
Nadie es profeta en su tierra.....	2	J. Moreno Liaño....	»
Cazar en terreno propio.....	3	Manuel Nogueras....	»

NOTA.—Han dejado de pertenecer á esta Galería las obras de D. Luis Blanc, tituladas: *El proscripto, La pena capital, Bernardo el Calesero, El sorteo, La verdadera Carmañola, Los amigos de los pobres, Los aventureros* y *Romper Cadenas.*

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

En las librerías de los Sres. *Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, núm. 9, y de los Sres. *Hijos de Fé*, Jacometrezo, número 44, y de *Duran*, Carrera de San Gerónimo.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de esta Galería.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.